LOS PANADEROS DE RITESTI

por Nino Velasco

Entre lo Montes Metálicos y los Alpes de Transilvania, atravesando la zona central del territorio rumano, corre el curso del río Mures, un afluente secundario del Danubio. Próximo a sus aguas y a unos 130 kilómetros de Timisoara, justamente sobre el paralelo 46, se levanta un pueblo tranquilo de unos seis o siete mil habitantes, cuyo nombre, Ritesti, difícilmente se encuentra en los mapas de una atlas común.

Una carretera de segundo orden, estrecha y mal pavimentada, avanza paralela al cauce del río; se trata de una calzada llena de parches y sin señalizar, que cruza por un territorio árido y solitario, flanqueada por las últimas estribaciones e las dos cadenas montañosas que accidentan la región.

Un hombre joven, con barba rojiza y ojos claros, conducía un empolvado Citröen 2 CV y maldecía la ocurrencia de seguir el impulso alocado de dirigirse hacia un lugar que jamás había oído nombrar, Ritesti, tan sólo porque la confidencia de un camarero del hotel de Timisoara donde se alojase la noche anterior, le había parecido digna de crédito y posible fuente de material para un reportaje lateral de tipo folklórico que enviaría a su revista. En realidad, él estaba recorriendo centroeuropa desde hacía dos meses, recogiendo datos para un libro extenso y detallado sobre las formas de vida y relación cotidiana de los llamado países del Este, un proyecto que trataba de reflejar aspectos inéditos de una zona que, o bien se analizaba habitualmente desde perspectivas sociopolíticas, o se mostraba como un repertorio tópico de estampas coloristas y anecdóticas.

El paraje desolado y agreste, una melancólica mañana nublada de noviembre, cien kilómetros de trayecto dificultoso sin encontrar vestigios de vida y un frío húmedo que penetraba hasta los huesos, incluso le había hecho pensar en desistir de tan insensata incursión para regresar de nuevo a Timisoara a fin de tomar el camino hacia la frontera húngara.

Sin embargo, cuando consideraba seriamente esta posibilidad, un alto depósito cilíndrico de cereales se destacó en el horizonte tras un suave cambio de rasante, y, en seguida, el hombre de la barba rojiza distinguió al fondo del paisaje neblinoso, un grupo de edificios bajos que delimitaban una población pequeña, algo semejante a la aparición de un pueblo manchego en la llanura invernal tras un viaje monótono incluso

depresivo. Cuando se acercó más, aliviado después de un trayecto incierto durante el que llegó a dudar de la existencia de aquel lugar, reparó en que el pueblo carecía de iglesia o, al menos, de iglesia provista de torre, esa especie de emblema arquitectónico que define, para un viajero de otras latitudes, la condición cristiana de todo un continente.

Estaba harto de coche y lo dejó aparcado frente a una especia de taberna apenas llegó a una plaza grande rodeada por edificaciones de dos plantas.

La plaza, envuelta en una neblina tenue, aparecía desierta. No sólo ningún habitante de la localidad la animaba con su presencia, tampoco se escuchaba el menor ruido que informase sobre cualquier clase de actividad en un pueblo que, a causa de su evidente limpieza y una cuidada fisonomía exterior, desechaba la idea de que estuviese deshabitado. Unos cuantos coches y tres o cuatro furgonetas permanecía aparcados junto a las aceras.

Quería tomar algo caliente y empujó la puerta de la taberna a la que se había detenido, sin convicción alguna, es bien cierto: sólo había que reparar en la oscuridad interior del local para saber que estaba cerrado. Se miró el reloj, afectado, de pronto por una especie de confusión temporal provocada por unos ámbitos que parecían sumidos en ese silencio y esa quietud que sobreviene a la hora del alba en una pequeña población rural. Pero no cabía la menor duda; eran las doce del mediodía.

El hombre de la barba rojiza echó una hojeada a su alrededor, buscando algún signo de vida. Tan sólo en la plaza, compuestos con letra aproximadamente gótica, descubrió tres carteles colocados sobre los aleros de otros tantos edificios de piedra grisácea, donde se podía leer el mismo rótulo: TAHONA. A la entrada del pueblo había visto otro. «Una población de panaderos», pensó, mientras echaba a andar en busca de algún sitio donde poder tomar algo que le reconfortase después de un viaje que empezaba a calificar de «estúpido» al fondo de su conciencia.

A las dos, después de haber recorrido gran parte del pueblo sin otros encuentros que la visión lejana de un perro vagabundo, se argumentó a sí mismo que era posible afirmarse en un par de hipótesis: o todo el mundo dormía, lo que resultaba extremadamente raro a aquellas horas (más que raro se podía afirmar que era completamente imposible) o bien la población había abandonado el municipio súbitamente, apenas unas horas antes o unos pocos días antes.

No podía ser de otra manera: las calles estaban limpias, los coches aparcados junto a los bordillos no mostraban ninguna señal que los identificase como vehículos abandonados hacía tiempo; es más, el hombre de la barba rojiza (un periodista español llamado Sergio Sánchez), ante lo insólito del caso, se asomó a las ventanas de varias viviendas para descubrir en su interior el espectáculo común de estancias aseadas donde se podían detectar indicios de vida normal: un cuaderno abierto, junto a un lapicero, una goma de borrar y un libro, que delataban la presencia de un muchacho haciendo sus deberes escolares la noche anterior; ceniceros con restos de cigarrillos o un periódico abandonado junto a una butaca, estigio de la presencia de alguien que se marchó a la cama tras ocupar los últimos momentos de la jornada en echarle una ojeada a la prensa... Los muebles, que recordaban el tipo de cosas que se

usaban en occidente hacia los años cincuenta, se veían bien conservados, sin polvo alguno; enseres domésticos que evidenciaban un trato cuidadoso y reciente, los desvelos propios de un ama de casa particularmente atenta a sus deberes. «Los dormitorios», evocó espontáneamente el hombre. Si todo el mundo dormía, tal vez fuera posible descubrir, a través de alguna ventana propicia, a algún ciudadano en el lecho. No lo consiguió, a pesar de husmear, ya sin miramiento alguno, por las fachadas de diversas casas del pueblo: había una zona de todas las viviendas cuyos vanos estaban cerrados a posibles miradas exteriores mediante sólidas persianas de madera o incluso por postigos firmemente atrancados que impedían fisgonear el interior de cierto sector de los edificios. Todos los relojes que viera en estas viviendas marcaban la hora correcta.

A las cuatro de la tarde, cuando la niebla se hizo más espesa y un frío más húmedo embalsamó paulatinamente las fantasmales calles de aquella ciudad, Sergio Sánchez regresó al lugar donde había dejado su coche, más que malhumorado, sobrecogido del todo, no sólo por la extraña circunstancia que se agazapaba en aquel lugar insólito; también afectado por la absoluta soledad de plazas y perspectivas, una carencia de vida tan abrumadora que, unida a los signos evidentes de una actividad que no podía colegir en qué momento se desarrollaba, le hicieron optar por el regreso a Timisoara con ese sentimiento frustrante de quien ha porfiado con tenacidad en la resolución de algún problema, teniendo que rendirse finalmente sin haberlo resuelto.

Una tarde cubierta de nubarrones desgajados que corrían con velocidad sobre la llanura inhóspita, le depararon unos inicios del regreso cargados de molestos recuerdos y presagios. A diez kilómetros del pueblo, detenido en la cuneta, vio a un hombre viejo vestido de forma chocante según el criterio de un occidental. Después descubrió el rebaño de ovejas y supuso que era pastor. Detuvo el coche en el arcén y salió del vehículo para ir a su encuentro. El pastor le aguardó mirándole con los ojos entornados, sin mostrar inquietud alguna. En una mezcla de abyecto rumano elemental y señales mímiescas, Sergio recibió una información tan extraña como tranquilizadora. Transcribo en castellano el cúmulo de gestos y palabras provenientes del pastor, que determinaron el regreso de Sergio Sánchez a Ritesti.

–Ahí la gente duerme de día y vive de noche... Todos se dedican a la panadería... Son raros, sí, pero es su forma de vivir.

Cuando penetró de nuevo en las calles del pueblo había cerrado la noche, y Sergio pudo contemplar un espectáculo obviamente desconcertante. El reportaje podía ser fastuoso. Tocó su cámara, depositada en el asiento contiguo, con las yemas de los dedos: las iluminadas calles nocturnas mostraban esa particular actividad ruidosa que se produce durante las primeras horas del día en cualquier localidad del mundo; las furgonetas y los automóviles se habían puesto en movimiento, mientras que la gente, recién aseada, con la expresión soñolienta y las solapas de los abrigos subidas, se dirigían a sus lugares de trabajo; se veía por las aceras a niños y adolescentes que transportaban carteras y libros, y los tenderos, levantando los cierres metálicos con estrépito, abrían sus establecimientos. Las amas de casa

más diligentes arrastraban sus carritos camino del mercado. Aparcó el coche en la misma plaza donde lo hiciera a mediodía. Notó de inmediato que los transeúntes le miraban no sólo sorprendidos, sino también intranquilos. Lanzó su primera foto sobre un grupo de chicos que se dirigían a la escuela. Advirtió que el fogonazo del *flash* causó una impresión sumamente desagradable en todo el mundo, como si los habitantes del pueblo, en silencio, le reprochasen una intromisión en sus costumbres obviamente inadecuada. Franqueó la puerta de la taberna o mesón donde, unas horas antes, intentó pasar inútilmente.

Una barra larga ocupaba gran parte de un local estrecho iluminado tenuemente. Sólo había un cliente más que se tomaba una copa de algo amarillo. El camarero era un tipo anguloso y pálido que le miró con desconfianza.

–Quiero un bocadillo o un sandwich... ¿De qué lo tiene? –preguntó hambriento Sergio Sánchez.

–Sólo servimos bebidas –respondió lacónicamente el camarero.

–Entonces póngame un vaso de leche.

–Unicamente refrescos y alcohol –indicó más lacónicamente aún el camarero, que, por su actitud general, parecía desear vivamente que se marchase de allí aquel intruso.

En la calle, al toro lado de la puerta encristalada del establecimiento, un buen número de personas se había reunido para observar al forastero.

–Bueno, ¿me puede decir dónde puedo comer algo?

El otro hombre de la bar, un anciano con el abrigo y el sombrero algo deslucidos, intervino entonces de manera más locuaz, pero con un tono no menos desconfiado o precavido.

–Aquí no se sirven comidas en locales públicos; se come en las casas, en los domicilios particulares. Es, ¿cómo le diría?, una tradición intocable, una costumbre sagrada.

Omito la descripción de los erráticos movimientos por la ciudad nocturna de Sergio Sánchez durante las cinco horas siguientes, cuando recorrió las calles insistiendo en los relámpagos de su *flash* y entre la gente del pueblo se transmitió la inusual noticia referente a la presencia de un forastero que tomaba fotografías improcedentes y se fijaba demasiado en ciertos detalles de algunos establecimientos o edificios significativos de la localidad; incluso había pretendido abordar a determinados vecinos con preguntas sobre temas concretos (cuestiones que eludieron con un mutismo esquivo los interrogados) e intentó penetrar en varias panaderías cuyos responsables le cerraron tenazmente cualquier posibilidad de acceder al interior.

Hambriento y rendido, pero estimulado por un trabajo que podría constituir el reportaje del año, Sergio Sánchez penetró en el bar del centro a las dos de la madrugada, cuando todo el mundo había concluido su primera media jornada laboral y, presumiblemente, se marcharían a sus casas para comer. Al menos, se tomaría unas cuantas cervezas. El local estaba rebosante de clientes jóvenes que charlaban de todo produciendo una ruidosa conversación general.

Una muchacha rubia, con melena corta y rizada, de ojos color miel y ademanes sugerentes, estaba sentada junto a la barra; una chica tentadora muy apetecible que parecía estudiante (tal podía ser la

suposición inmediata al ver el bloque de libros que había colocado sobre el mostrador) se identificaba en seguida con una de esas ninfas que dan la impresión de estar buscando siempre un novio de repuesto. Se dirigió hacia ella sin vacilar: le dijo que era periodista y preparaba un reportaje sobre Ritesti. Pidió una cerveza que se bebió con avidez. Ella contestó interesada y le miró a los ojos acariciadoramente desde el primer momento. Sergio Sánchez pidió la segunda cerveza.

–Este es un pueblo de panaderos... Servimos pan a toda la región, a Deva, Hunedoara, Sibiu, Fagaras; incluso llegamos hasta Arad y Timisoara...

–Pero, no lo comprendo... ¿Cómo es posible que el predominio de una industria que en todas partes es nocturna halla transformado aquí las costumbres de tal modo que *todos* duerman de día y realicen sus actividades por la noche? ¡Incluso los niños van al colegio a horas disparatadas!

–Bueno, es así... No puedo decirle nada más. para mí se trata de algo completamente natural. Siempre ha sido así, y lo fue del mismo modo para mis padres y mis abuelos...

–Increíble...

–Para usted, seguramente...

Permanecieron en silencio durante unos segundos mirándose mutuamente a los ojos en la tibieza humeante del local bullicioso. Se había producido un buen contacto. Sergio pidió otra cerveza. Justamente cuando el camarero se la colocaba sobre la barra con el gesto torvo que había esgrimido cada vez que se dirigía hacia él, se abrió la puerta del establecimiento para dar paso a dos individuos de uniforme que, a todas luces, eran miembros de la policía local. La chica, sentada de cara a la puerta, al otro lado del bar, los detectó en seguida entre el humo y las cabezas de animados clientes distraídos. Entonces ocurrió algo imprevisible. Ella cogió la mano de Sergio y tiró de él tras un recodo, donde estaban los servicios y se almacenaban cajas de botellas vacías. Atravesaron un pasillo estrecho con olor a urinarios y, tras franquear otra puerta pequeña, accedieron a la calle.

–No te detengas, ¡corre! –dijo ella una vez que había ganado un callejón angosto y solitario.

–¿Qué ocurre?

–Te lo explicaré después... Vamos a mi casa.

Buscando calles poco transitadas, la muchacha le condujo hacia el oeste de la población, a una hora en que la gente permanecía reunida en sus casas comiendo y los barrios se veían escasamente transitados. Eran las 2,30 de la madrugada. Cruzaron una plaza grande con arcadas y, en una calle tranquila adyacente, la chica se detuvo ante una puerta con llamadores de bronce. Abrió con un pequeño llavín y Sergio penetró poco a poco en una vivienda silenciosa, provista de mobiliario anticuado, pero dignamente mantenido. Le condujo a través de un pasillo frío hasta el comedor, donde destacaba un tresillo deslucido y jarrones con flores de plástico.

–La policía te busca –le dijo ella mientras se quitaba el impermeable.

–¿Por qué?

–Seguramente no tienes permiso del gobierno rumano para visitar

Ritesti.

–No, no tengo ningún permiso, pero ¿hace falta eso?

–Sí, nadie puede acercarse por aquí sin sus papeles en regla...

–¿Y el motivo?

–Bueno, no lo sé exactamente... Tal vez tenga algo que ver con nuestra industria panificadora...

–¿Por qué has hecho eso?

Ella no contestó. Se había sentado a su lado en el sofá. Tenía los muslos juntos bajo su falda marrón y las manos entrelazadas sobre las rodillas; parecía aguardar algo y miraba a Sergio con esa sugeridora expresión equívoca que un hombre corriente no es capaz de descifrar con claridad y duda durante unos segundos en besar a la chica que tiene enfrente, sin tener claro si ella espera eso o tan sólo que él siga sentado y hablando. Bueno, Sergio optó por besarla. No resulta necesario para la economía de esta historia detallar paso a paso de qué forma ella reaccionó vivamente después de ese contacto, cómo su cuerpo palpitante se aferró apasionadamente al de Sergio Sánchez e inició, entre suspiros y jadeos que parecían sumergirla en un éxtasis demasiado rápido y en exceso conmocionante, unas profundas maniobras amorosas que les condujeron, finalmente, sobre al alfombra gastada que cubría el piso del silencioso comedor, a un final aparatoso en el que Sergio se vio desbordado por una mujer abrumadoramente feroz, que le arañaba y le mordía emitiendo desconcertantes alaridos de placer, prolongados mucho más tiempo que el habitual en estos casos.

Cuando terminaron, amanecía, y el arriesgado periodista que había llegado a Ritesti en un empolvado Citröen 2 CV, tras veinticuatro horas sin dormir y sin comer, quedó sumergido en un sueño profundo casi en el acto.

Se despertó desorientado a las cuatro de la tarde. Un silencio intemporal cubría los ámbitos de la casa. Por las ventanas penetraba la luz de un día triste. Se había quedado dormido sobre la alfombra, y lo pirmero que sintió al volver en sí fue un hambre voraz y mucha sed. Se incorporó para buscar la cocina. En la puerta del comedor, clavada con una chinchera, descubrió una nota de la muchacha: «Espérame en casa. Volveré al anochecer». Antes de pasar a la cocina se fue al servicio. No había espejo. Le escocía el cuello, el pecho y la espalda, a al altura de los omóplatos; tenía los brazos llenos de rasguños y quería cerciorarse de cuáles habían sido los efectos cruentos producidos por las caricias agresoras de aquella tumultuosa mujer. Se tocó el cuello: advirtió, tanteando con las yemas de los dedos, dos incisiones hinchadas a la altura de la yugular. Dos orificios leves producidos sin duda por un ofuscado mordisco de la chica infligido en alguno de sus arrebatados delirios orgásmicos. Se sentía débil y reemprendió la búsqueda de la cocina. No había cocina. La casa tenía un comedor, un servicio, una especie de habitación de trabajo y otra estancia cerrada con llave que, por su situación al fondo del pasillo, parecía corresponder a un cuarto trastero. Pero no había cocina, al menos accesible. ¿Dónde preparaba su comida la chica? En una segunda inspección por la casa, al extremo del corredor, en la tiniebla de un recodo húmedo, descubrió un frigorífico pasado de moda, con las esquinas redondeadas y una niquelada palanca

móvil para accionar la puerta. La abrió y vio lo que contenía: inmediatamente su cerebro realizó una relampagueante asociación e imágenes detestables que le impulsaron a llevarse de nuevo la mano a la yugular con un movimiento súbito. En el frigorífico no había ninguna clase de provisiones habituales; tan sólo destacaban su presencia atroz tres frascos grandes llenos de algo que supo de inmediato que era *sangre*. Anotó en su mente, también, que estaba en Transilvania. No lo dudó un instante: se precipitó hacia la puerta de la calle dispuesto a abandonar aquella casa y aquel pueblo nocturnal cuyo secreto íntimo ya conocía. Con el insidioso sentimiento que sobrecoge a quienes quedan atrapados en lugares donde se presiente vivamente que acecha un peligro mortal, comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. Entonces, presa de una excitación que se tradujo en oscuros resoplidos entrecortados y breves, corrió hasta la estancia cerrada en el fondo del pasillo, resuelto a penetrar en ella. Cuando derribó la puerta descubrió, casi con indiferencia, justamente lo que esperaba: un ataúd de color marfil donde la chica apasionada dormía plácidamente. Regresó al comedor y se sentó en el sofá para aguardar a que se despertara. No tuvo inconveniente alguno, hacia las seis, en servirse un breve vaso de sangre para aplacar su hambre, mientras acariciaba con cierta satisfacción imprevista las dos heridas del cuello y pensaba sin horror que tal vez no fuese del todo descabellado instalarse en Ritesti para iniciar una nueva vida junto a a aquella deslumbrante muchacha que, dormida en el féretro blanco, parecía más seductora que nunca...

Del cuaderno de notas de Sergio Sánchez

«Ritesti, 28-11-78.

... pensaba que el problema de las autoridades locales consistiría en cómo justificar mi permanencia en el pueblo ante el gobierno de Bucarest. Pero ha sido sencillo; ellos ya tienen su truco para estos casos. El Gobierno permite la existencia de este municipio de vampiros como el medio más seguro para tener controlada a una especie que, en otras épocas, resultó extremadamente peligrosa y macabra. Como todos los grupos rebeldes o marginados, cuando se encuentra la fórmula adecuada para ellos, se tornan dóciles e incluso útiles. No hacemos daño a nadie. Una adecuado intercambio de sangre entre todos los miembros de la población, resuelve la amenaza que antes supusimos para el resto de los humanos mortales. Semanalmente, en el Centro de Control, nos extraemos sangre que queda depositada en lo que llamamos «El Almacén». Después es distribuida equitativamente entre todos los vecinos. Las mujeres no van al mercado por las mañanas como yo supuse cuando llegué aquí. Se dirigen al depósito de nuestro preciado alimento y, mediante bonos, retiran la sangre precisa para una semana, según las necesidades de cada familia. Los niños necesitan una ración especial. Cada quincena, en camiones con inscripciones falsas insertas en sus carrocerías (*Servicio de Cereales del Estado*, por ejemplo), el Gobierno nos envía imprescindibles cargamentos adicionales de sangre

que, sin saberlo, nos suministran candorosos donantes de todo el país.

Somos una comunidad pacífica y útil, y nuestros hijos crecen felices en un mundo que creen (y lo es) el mejor. Y, desde luego, el pan de Ritesti no tiene comparación posible con ningún otro. Sólo existe un problema: la tentación que supone la entrada en nuestro pueblo de un forastero o forastera desprevenidos. Si las autoridades no actúan con rapidez, expulsándolos de inmediato, es posible que caigan en manos de muchachos o muchachas ávidos de sangre fresca y exótica. Pero estos casos (muy raros por otra parte) no resultan excesivamente graves: esos forasteros, transformados en vampiros a causa de las mordeduras de alguno de nuestros conciudadanos, son asimilados en seguida por la población, que los acoge gustosa entre el vecindario. Las autoridades locales se hacen cómplices del suceso y, mediante una hábil prestidigitación administrativa, consiguen eludir la fiscalización que el Gobierno ejerce sobre nuestro censo. Ese fue mi caso... La verdad, no me pesa en absoluto, todo lo contrario. Es preciso ser un vampiro, serlo de verdad como yo lo soy ya, para comprender la grosería en que transcurre la burda existencia de los humanos...»